

hubieran unido á los Bárbaros? (1). Gracias á las tenaces guerras de Carlo-Magno, la invasion fué detenida en su principio.

Este inmenso resultado fué debido á la alianza de las armas y de la religion. Los Sajones, heróicos representantes del paganismo germánico, no podian ser vencidos sino por una religion superior. Carlo-Magno lo conocia; así es que la guerra tomó las apariencias de una cruzada: «El Rey, dicen los analistas, resolvió atacar á los crueles y pérfidos Sajones, y no detenerse sino despues de su completo exterminio ó de su conversion al cristianismo. Habiendo consultado á los servidores de Dios, reunido un gran ejército é invocado el nombre de Cristo, partió para la Sajonia, acompañado de todos los sacerdotes y doctores de la fe que podian imponer á este pueblo el dulce yugo de Cristo» (2). Si los sacerdotes eran indispensables para consolidar la victoria ganando los espíritus, las armas del conquistador eran igualmente necesarias para atraer los fieros Bárbaros al Evangelio. Un poeta de la raza de los vencidos ha reconocido esta triste verdad: «¡Santa solicitud de Dios! exclama el *monje sajón*. El Eterno habia conocido que nada podria dulcificar el espíritu duro de estos hombres. Para dominar su rudeza innata, para someterlos á la ley de Cristo, les dió por señor al gran Cárlos, que, dominando por medio de la guerra á los que no podia conquistar con los buenos consejos, les hizo entrar, á pesar suyo, en el camino de la salvacion» (3).

(1) GUIZOT, 20.<sup>a</sup> leccion.—MICHELET, *Historia de Francia*, lib. II, c. 1.

(2) EINHARDI *Annales ad a. 775*.—*Vita S. Sturmi* (PERTZ, t. II, p. 376).

(3) POETA SAXO, *ad a. 775* (PERTZ, t. I, p. 231, v. 14 y sig.). En el epílogo el poeta da gracias al vencedor de los Sajones por haberlos iniciado en la civilizacion cristiana. El homenaje de este Bárbaro es el más bello que se haya tributado á Carlo-Magno (PERTZ, I, p. 267): «Debo á Carlo-Magno una ardiente afeccion, le debo un reconocimiento sin límites. Él es el que ha hecho brillar á los ojos de nuestra nacion la luz de la fe, el que ha disipado las tinieblas de la supersticion. ¡Qué de guerras le ha sido necesario sostener! ¡Qué de peligros ha debido arrostrar! ¡Qué infatigable ardor ha puesto en su obra! Ha reunido todas las fuerzas de su Imperio para separarnos del culto de los demonios. ¿Quién hubiera tenido el poder de ablandar la feroz barbarie de los Sajones por medio de la predicacion del dogma? La Providencia, en su bondad, ha hecho por medio de Carlo-Magno lo que no hubiera podido hacerse sin él. Para dominar estas almas de hierro y someterlas al Señor, usaba unas veces del terror de la guerra, otras del atractivo de los beneficios, siempre magnánimo y generoso. No descansó hasta que toda la Sajonia, arrojando sus idólos, hubo abrazado la verda-

La guerra de los Sajones, como todas las conquistas de los hombres predestinados que la humanidad saluda con el nombre de héroes, ha tenido, pues, una gran mision. Carlo-Magno salvó á la cristiandad, convirtiendo á los Bárbaros con las armas en la mano; la sangre y las ruinas fueron el gérmen de donde salió una poderosa civilizacion. En los tiempos bárbaros los males causados por la guerra se curan pronto. Un siglo despues de la conquista la Sajonia fué el elemento más vivo de la Alemania; príncipes de raza sajona pusieron sobre su cabeza la corona imperial y propagaron á su vez el Evangelio entre las poblaciones del Norte. Sin embargo, si debemos justicia á los conquistadores, guardémosnos de justificar por los resultados los crímenes á que sus pasiones los arrastraron. Gozamos de los frutos de la victoria; la historia nos enseña que la derrota de los Sajones era providencial; sin embargo, al leer los anales que trazan los detalles de aquellas sangrientas querellas, nuestras simpatías no están por los vencedores, están por el heróico Wittikind, «despues de Herman, el mayor defensor de la libertad germánica» (1). El grito de la conciencia se subleva contra la atroz barbarie de Carlo-Magno, al inmolar á sangre fria, siendo vencedor y dueño de Europa, á cuatro mil quinientos nobles sajones: «Si estos prisioneros, dice *Voltaire*, hubieran sido súbditos rebeldes, semejante castigo hubiera sido un castigo horrible; pero tratar así á hombres que combaten por su libertad y sus leyes, es accion de un bandido á quien ilustres sucesos y cualidades brillantes han hecho por lo demas un grande hombre.» Las leyes dictadas por Carlo-Magno para evitar la apostasia de los Sajones son más terribles aún que la carnicería de la guerra. En cada línea se ve la muerte en esta legislacion de sangre: ¡contra el que pega fuego á una iglesia, la muerte; contra el robo en una igle-

dera fe. ¿No debe cada uno de nosotros, segun sus fuerzas, pagarle el tributo de su gratitud? Si alguna inspiracion poética, si alguna ciencia ilustra mis escritos, ¿no es á Carlo-Magno á quien pertenece la gloria de ella? ¿No es á él á quien debo lo que soy? Nuestros padres no ignoraban sólo la fe, eran rudos en todas las cosas; Carlo-Magno es quien nos ha dado la cultura en esta vida y la esperanza de una vida eterna.»

(1) VOLTAIRE, *Anales del Imperio*, año 772.

sia, la muerte; contra el que no se bautiza, la muerte; contra el que come carne durante la Cuaresma, la muerte! (1).

La censura que hacemos de Carlo-Magno se dirige á su época más que á aquel, á quien la posteridad ha dado el nombre de grande por excelencia. Sus contemporáneos no sospechaban que la guerra contra los paganos, gloria de su reinado, le habia de ser un día imputada como un crimen. Despues de la derrota de los Sajones, seguida de la conversion violenta de los vencidos, el papa Adriano escribió una carta de felicitacion á Carlo-Magno (2). La Iglesia, órgano de la moralidad en la Edad Media, no encontró una palabra de reprobacion por la sangre que manchó el bautismo de los Bárbaros. ¿Cómo habia de condenar una obra debida á su inspiracion? La Iglesia es la que impulsaba á la guerra contra las poblaciones paganas; ella es la que dictaba las leyes de sangre contra los apóstatas. La humanidad moderna, más exigente que el pontificado de la Edad Media, condena la crueldad, cualquiera que sea la causa por la que se vierta sangre inocente. ¡Sostenga nuestro ánimo este progreso en el desarrollo moral en un tiempo en que la moralidad pública ha sufrido tristes desengaños! La humanidad se eleva de siglo en siglo á pesar de los errores y de las caidas de los hombres.

### N.º 3.—*Los Francos en Italia.—El pontificado.*

Apénas se han establecido los Francos en las Galias, cuando la Italia los atrae; viven en lucha permanente con los Bárbaros que ocupan aquella tierra encantadora. Los Merovingios caen sobre la Italia como una tempestad; roban, saquean, pero fracasan en su empresa. Los Carlovingios la realizan, y Roma llega á for-

(1) CAPITUL., *de partib. Saxon.* c. 3, 8, 4 (BALUZE, t. I, p. 251).

(2) *Epist. XXVI, Hadriani Papæ ad Carolum Regem* (Cod. Carol. 91. DOM BOUQUET, t. V, p. 568): «*Magis de vestris á Deo prædiatis regalibus triumphis comperientes, qualiter sævas adversasque gentes, scilicet Saxonum, ad Dei cultum perduiseritis, atque Domino auxiliante, et Petri Paulique Apostolorum principum interventione suffragante, sub vestra eorum colla redacta sunt potestate, eorumque optimates subjugantes, divina inspiratione, regali annisu, universam illam gentem Saxonum ad sacrum deduxistis baptismatis fontem.*»

mar parte de su imperio. En el siglo VI bajaban los Francos á Italia guiados por una vaga ambicion; no representaban idea alguna civilizadora. Los Carlovingios iban á sostener en las márgenes del Tiber al pontificado que ha de dirigir la educacion de la humanidad en la Edad Media: este gran fin justifica sus triunfos.

En el siglo VIII el pontificado comenzaba á ser reconocido en la Iglesia como poder espiritual; pero esto no bastaba á su mision. Destinado á dominar sobre los reyes, no podia permanecer en la dependencia del poder temporal; necesitaba de entera libertad de accion. Si hubiera estado sometido á un imperio cualquiera, hubiese sido su instrumento en lugar de ser el árbitro de la cristiandad. En el momento en que la Providencia llamaba á los Carlovingios á restablecer el poder de los Francos, los Lombardos disputaban la Italia á los Griegos; cualquiera que fuese el vencedor, la victoria hubiera sido fatal para el pontificado. Roma formaba parte del exarcato; sus obispos estaban sometidos al Emperador, como todos los obispos del imperio de Oriente. El Emperador ejercia una verdadera soberanía sobre la Iglesia; le imponia leyes religiosas, y la resistencia se castigaba como traicion. Si los Griegos hubieran vencido, el pontificado y la Iglesia habrian concluido. En cuanto á los Lombardos, eran arrianos y aspiraban á la soberanía de la Península; sus relaciones con los papas eran, pues, necesariamente hostiles; si se hubieran posesionado de Roma habrian aniquilado el pontificado. El poder de los Lombardos debia desaparecer para que se cumpliesen los destinos del mundo.

Los papas eran impotentes para resistir á sus formidables enemigos, y el imperio griego, de que Roma dependia, era tan débil como el pontificado. Miserables disputas de teología absorbían toda la actividad de los emperadores; en el momento en que hubiera sido necesario reconcentrar todas sus fuerzas para defender á Roma contra los Bárbaros, los señores de Constantinopla hacian la guerra á las imágenes y á los monjes. Sin embargo, el peligro iba creciendo. Ya la parte de Roma que no estaba protegida por las murallas era presa del pillaje y de la destruccion; la iglesia misma de San Pedro, que los Godos arrianos habian respetado, no se libró de los insultos de los Lombardos. Los papas, en el último trance, buscaron proteccion entre los Francos. Cuando Gregorio III se diri-

gió á Cárlos Martel, no habia otro vínculo entre el pontificado y los Francos que la comunidad de creencias; el mayordomo de palacio no tenía motivo alguno personal para emprender una expedición larga y peligrosa más allá de los Alpes. Pero en tiempo de su hijo los intereses de la familia carlovingia y los del pontificado se identificaron hasta el punto de que las guerras contra los Lombardos vinieron á ser á la vez una lucha, cuyo fin era la libertad del pontificado y el engrandecimiento de la dominación franca.

Pipino era rey de hecho; quiso serlo de derecho. Envió al Papa una embajada encargada de proponerle esta célebre pregunta: Cuál debía ser rey, aquel que no tenía poder alguno en el reino, aunque llevase el nombre de tal, ó aquel que gobernaba el reino y tenía el cuidado de todas las cosas. Zacarías respondió que valia más que aquel que tuviera ya autoridad de rey lo fuese en realidad (1). Pipino fué ungido por mano de Bonifacio, el apóstol de la Alemania. Esta consagración no le pareció suficiente; habiendo venido el papa Estéban en persona á solicitar el apoyo de los Francos, Pipino con sus hijos se hizo consagrar de nuevo por él. El Pontífice mandó á los nobles que asistían á la ceremonia que jamás eligieran, bajo pena de excomunión, más que reyes descendientes de la raza de Pipino (2).

Á partir de este momento, los reyes de los Francos fueron los aliados de los papas. El advenimiento de los Carlovingios y su alianza con el pontificado, eran hechos providenciales. Roma iba á ser presa de los Longobardos, Pipino la salvó. Pero apenas el vencedor hubo abandonado la Italia, cuando los Lombardos renovaron las hostilidades. El orgulloso Astolfo exigió que se le entregase el Papa; que se rindiese la ciudad; á este precio ofrecía tener piedad de los Romanos, y si no destruir á Roma. Estéban, en la desesperación, usó de un artificio sin ejemplo, dice *Fleury*; escribió á los Francos una carta en nombre de San Pedro, haciéndole hablar como si el Apóstol, conmovido por la angustia de la Iglesia, hubiera vuelto á la tierra para defenderla. «Pedro, llamado al apos-

(1) Véanse los testimonios en MLE. LEZARDIERE, *Teoría de las leyes políticas*, t. VIII, *Pruebas*, p. 245 y sig.

(2) ANASTAS, *Vita Stephani*, II (DOM BOUQUET, t. V, p. 436).

tolado por Jesucristo... Creedlo firmemente vosotros, que me sois queridos, y no dudeis, cuando os hablo yo mismo, como si estuviera encarnado con mi propia carne y viviendo siempre entre vosotros. Soy yo quien hoy os conjura... La madre de Dios, María, os solicita, os amonesta, os ordena. Los tronos y las dominaciones, los mártires y los confesores de Cristo, os conjuran á tener piedad de esta ciudad de Roma que el Señor me ha confiado y de su santa Iglesia que Dios me ha recomendado... Si me obedecéis prontamente, recibiréis una gran recompensa en esta vida; triunfaréis de todos vuestros enemigos, viviendo largo tiempo, gozando de los bienes de la tierra, y alcanzaréis sin duda la vida eterna... No permitais que mi ciudad de Roma y el pueblo que la habita sean destrizados por la raza de los Lombardos, si no queréis que vuestros cuerpos y vuestras almas sean atormentados en el fuego inextinguible del infierno, por el diablo y sus ángeles pestilenciales» (1).

*Fleury* se indigna del fraude empleado por el soberano pontífice en interés de su poder; señala en la carta de Estéban las promesas temporales de la antigua ley mezcladas con las promesas espirituales del Evangelio, los motivos más santos de la religión puestos al servicio de un *negocio de Estado*; el escritor francés no encuentra excusa para la conducta del Papa sino en el carácter del siglo en que vivió (2). Bajo el punto de vista evangélico, *Fleury* tiene razón; tiene razón también en censurar la ambición de los papas que se llaman los vicarios de aquél que fué doctor de la humildad. Pero aunque los hombres no puedan ser justificados, no sucede lo mismo con la Providencia. No se trataba solamente de un *negocio de Estado*: tratábase del porvenir del catolicismo, del porvenir de la humanidad. La Iglesia era el instrumento providencial de la educación de los Bárbaros; y, en la Edad Media, la Iglesia se identificaba con el pontificado. Ahora bien, ¿podía subsistir el pontificado acosado por dos poderes que le eran igualmente hostiles, los Lombardos y los Griegos, destinado, cualquiera que fuese el vencedor, á vengonzosa servidumbre? Llamando á los

(1) *Epist. Stephani* (DOM BOUQUET, t. V, p. 495-497).

(2) FLEURY, *Historia eclesiástica*, libro XLIII, § 17.

Francos á Italia, el Papa salvó la cátedra de San Pedro y con ella la civilizaci6n cristiana. Los reyes Carlovingios, dignos de la misi6n que Dios les confiara, arrancaron á los Lombardos el exarcado de Rávena, el Pentápolis y el ducado de Roma, para hacer donaci6n de ellos á la Sede apost6lica.

Parecía que el pontificado estaba salvado. Pero mi6ntras subsistiese la dominaci6n de los Lombardos, el peligro quedaba aplazado m6s bien que destruido; podían levantarse y amenazar de nuevo á la Ciudad Eterna. Los papas promovieron la destrucci6n de sus enemigos. Una alianza de familia iba á unir á los reyes de los Francos y de los Lombardos; Est6ban no retrocedió ante el insulto y la calumnia para romper aquellos v6nculos funestos. Escribió á Carlo-Magno y á su hermano: «Desiderio quiere persuadir á uno de vosotros á que se case con su hija. Esto sería una obra del demonio... ¡Qué locura! ¡El ilustre pueblo de los Francos, una familia real tan noble, se habia de manchar uniéndose á los pérfidos y horribles Lombardos, que no deben ser ni áun contactados entre los pueblos, y de los cuales descende la raza de los leprosos!» Recordando la alianza de Pipino con el pontificado, Est6ban añaóde: «¿C6mo os atreveriais á obrar, en cualquier materia que sea, contra las órdenes y la voluntad de la Sede apost6lica? Esto no sería despreciar al Papa, sería despreciar á San Pedro, al príncipe de los ap6stoles... Así pues, San Pedro os conjura por mi intermedio; yo y todo el clero de su santa Iglesia os conjuramos en nombre del juicio de Dios, al cual han de comparecer temblando todos los príncipes, á que no os caseis ni el uno ni el otro con la hija del rey de los Lombardos... Si alguno se atreve á obrar en contra de estos consejos, le cargo, por el poder del Señor, con las cadenas de la excomunion, le arrojó del reino de Dios, le entrego al demonio y á las llamas eternas» (1). Esta carta, cuya violencia forma singular contraste con la caridad cristiana, atestigua la inmensa importancia que el pontificado daba á la destrucci6n de la dominaci6n lombarda; se trataba para él de ser ó no ser. Carlo-Magno, llamado á Italia por Adriano, libró á los papas

(1) *Epist. Stephani*, III (DOM BOUQUET, t. V, p. 541).

de sus enemigos; puso sobré su cabeza aquella corona de hierro que habia estado á punto de encadenar á Roma.

La conquista de Italia es el punto de parada del poder de los Francos. Sus guerras, ligadas íntimamente á los destinos del cristianismo, habian destruido la herejía arriana y difundido la religi6n cat6lica por Alemania; no restaba m6s que dar un fundamento sólido á la unidad cristiana. La ruina de los lombardos libró al pontificado de su m6s peligroso enemigo; las donaciones de Pipino y Carlo-Magno le aseguraron su independéncia. Un último peligro podia amenazarle si los Lombardos, ligados con los Griegos, llegaban á echar á los Francos fuera de Italia. Para unir á los Francos y la Iglesia con v6nculo indisoluble, el Papa, con atrevida iniciativa, colocará la corona imperial sobre la cabeza de Carlo-Magno, dando á los jefes del Imperio la misi6n de ser los defensores de la Iglesia.